

Es la mayor tragedia colectiva desde la Guerra Civil. Más de diez mil muertos, y subiendo. La pandemia del coronavirus ha trastocado la vida del país. Y también la muerte de su gente, a la que no se le puede dar el último adiós. En medio del desconsuelo, la Iglesia, a través de múltiples iniciativas, trata de acompañar a todos. A vivos y muertos.

JOSÉ LORENZO

Aunque había tratado de mentalizarse, **José Cobo** no pudo evitar que aquella imagen le impactase. “Es sobrecogedora”, cuenta el obispo auxiliar de Madrid, que conocía la pista de patinaje olímpica del Palacio de Hielo, pero siempre retumbante de risas infantiles, de celebraciones de cumpleaños y de parejas soñando con deslizarse juntas por la vida. Nunca la hubiera imaginado como la tenía ahora ante sus ojos: una morgue con hileras de ataúdes perfectamente identificados. Eran las 11 de la mañana del jueves 26 de marzo y el incesante tráfico de féretros entrando en aquellas instalaciones le hizo ver que quedaba mucho dolor que acompañar. El parte de guerra diario anunciaba 655 muertos por coronavirus, unos 200 solo en Madrid, 4.089 en toda España. Vendría más dolor.

Aquel día, el auxiliar del cardenal **Carlos Osoro** inauguró el servicio de oración puesto en marcha por el Ayuntamiento y el Arzobispado de Madrid en unos momentos donde el duelo de miles de familias no tiene consuelo, cuando los difuntos no tienen quien les rece porque están prohibidos funerales y velatorios. Cobo llegó pronto a aquel inmenso bajo de un inmenso centro comercial ahora desierto y en silencio. Había que resolver cuestiones administrativas inéditas, dadas las circunstancias, que

implican a gobiernos locales, regionales y estatales. “Y que policías y militares se fuesen acostumbrando a ver a curas por allí, porque hay grandes medidas de seguridad, y somos un equipo de cinco sacerdotes los que acudimos por turnos a rezar cada día a las 11 de la mañana”, señala. Un servicio que, menos de una semana después, tendría que ampliar la Iglesia madrileña también a la Ciudad de la Justicia, a un edificio infectado en su día por la corrupción política y convertido ahora en otra morgue con capacidad para 230 cadáveres, también en las inmediaciones del gran hospital de campaña en que se ha convertido el recinto ferial de Ifema.

Reconfortar

Uno de los féretros alineados en el Palacio de Hielo sobre una superficie polimérica de unos tres centímetros de espesor para evitar el contacto directo con el hielo, era el de la madre de **Rosa**. Tampoco ella pudo despedirse. Cuando la ingresó, consciente, no imaginó que no la volvería a ver. La anciana no quería quedarse, prefería seguir en casa, pero la situación se complicaba por momentos y la hija no dudó. Bueno, un poco sí, quizás. Y ahora ha muerto. No le ayudó a arrancarse la tristeza no saber qué habían hecho con su cuerpo. La información era confusa. La funeraria municipal madrile-

ña había colapsado, no daban abasto recogiendo féretros y el personal –también ellos– se había quedado sin material de protección.

Cuando, por fin, le comunicaron que su madre sería trasladada al Palacio de Hielo, que era a donde llevaban ahora a los fallecidos, desapareció la incertidumbre, pero se le agolpó en la garganta el desconsuelo. Allí sola, pensó. Sin nadie que la acompañe. En medio de aquel frío. ¿Y la identificarán bien? ¿Y si se equivocan? La angustia desbordada. Dos días después alguien le dijo que su madre no estaba sola. Que todos los días rezaba un sacerdote por ella y por los demás difuntos que esperaban en esa “estación intermedia” turno para ser enterrados o incinerados. Y, creyente como es, la noticia la reconfortó. También saber que todos estaban perfectamente identificados.

“Se comprende plenamente la angustia y el desconsuelo de las familias. Esa era una de las razones por las que empezaron a llamarnos algunas al Arzobispado. Cuando les dicen que sus seres queridos están en el Palacio de Hielo, es como decirles que están solos, porque allí no pueden ir a velarlos. Por eso, en medio de ese ambiente gélido, la Iglesia quiere poner un poco de humanidad, decirle a las familias que no están solas, que la Iglesia vela y reza por sus difuntos, porque eso es



A FONDO

EL DUELO ANTE EL COVID-19

» lo que sabemos hacer y que-remos hacer en la Iglesia. Es un momento para, más que nunca, cuidarnos los unos a los otros e intentar ayudar para, desde la oración y la presencia de la Iglesia, humanizar este drama, poner un poco de calor en medio de aquel hielo, y que las familias sepan que estaremos rezando a sus difuntos en su nombre”, señala Cobo.

José Pablo Pedrosa es uno de los sacerdotes que cada día se acerca a esa morgue improvisada. Tras pasar los controles de entrada, un miembro de la UME le acompañó hasta la pista de hielo. Enfrente, 1.800 metros cuadrados prácticamente cubiertos de féretros. El sacerdote de la Fraternidad Misionera del Verbum Dei dijo al militar que le había conducido hasta allí si quería acompañarle en el rezo, pero la persona declinó cortesmente y se alejó. “Recé el responso, el Padre Nuestro, las peticiones y la oración final por los difuntos, unos diez minutos, en total –cuenta–. Sentí mucha calma, y siempre con las familias de los fallecidos muy presentes. Fue un privilegio poder orar por ellas y para ellos. Tenía la sensación de que Dios estaba allí, en medio de aquel silencio, en la certeza de que aquellos eran también sus hijos amados. Noté realmente su presencia”.

Reconoce José Cobo que “esa terrible imagen de que sus difuntos están solos, está causando mucho daño a las familias”. Algo que afecta ya, de hecho, a la manera de afrontar el dolor por la pérdida. Este virus –coinciden los especialistas– trae un duelo inédito, que se



está posponiendo, un dolor que se almacena en lo más hondo de la persona. “Es un duelo relegado a la intimidad máxima y entregado a la virtualidad”, señala **José Carlos Bermejo**. Para el religioso camilo, “el ser querido *desaparece* en manos de los profesionales de la gestión de los restos mortales. El final de la vida es privado de la intimidad de las relaciones en sintonía con la intensidad de los vínculos construidos en vida. Una ausencia o reducción al mínimo en torno a la persona en final de vida genera un sentimiento de desolación e impotencia de gran envergadura. La muerte la habíamos deseado íntima –quizás excepto en el mundo rural, más socializada–, pero rodeada al final de los seres queridos y popularizada

El endurecimiento del estado de alarma ha acarreado la prohibición de funerales y la limitación del número de personas en entierros e incineraciones

en los ritos, al ser posible por los medios que nos permitían fácilmente hacernos presentes en tanatorios y ritos laicos y religiosos. Ahora se nos ha impuesto una muerte íntima en la soledad y se añora el sentido de los ritos y se aprecia el valor de los abrazos, justamente por su ausencia. No tiene precedente”, reconoce el director general del Centro de Humanización de la Salud, en Tres Cantos (Madrid).

Los protocolos administrativos establecidos para el tratamiento de cadáveres de personas fallecidas por coronavirus, no dejan margen de actuación y aumentan el do- »

Iglesia ante el Covid-19

HOAC: solo solidaridad

La Hermandad Obrera de Acción Católica llama a ejercer la solidaridad como “única salida” al impacto del coronavirus.

España: misión salesiana

Misiones Salesianas lanza la campaña ‘Vamos a superarlo juntos’ para donar mascarillas. Es su primera iniciativa que no sale para el Sur y se queda en nuestro país.

Ningún soldado solo

Juan del Río habilita un sistema de asistencia espiritual para las fuerzas y cuerpos de seguridad.



EN PRIMERA PERSONA

SANTIAGO RIESCO PÉREZ

agradecido. Antes de que llegara pude hablar con dos enfermeras que me confirmaron que mi padre no había sufrido, que su compañero de habitación había sido su ángel de la guarda y que habían hecho todo lo que estaba en su mano. Cada tarde, a las ocho, les agradezco su cariño y su entrega aplaudiendo con fuerza desde el balcón.

Bajé al mortuorio y más consuelo. No era obligatoria la cremación, se trataba de un bulo, me explicaba con infinito respeto y absoluta empatía la funcionaria municipal. Se podía elegir. Llamé a mi hermana y suspiró aliviada por mi madre. Y por mi padre. No quería que le quemasen. Cosas de los vaqueiros astures, de cultura, de creencias, de costumbres.

El viernes lloramos confinados. El sábado lo enterramos. Cielo gris y lluvia fina. Mi hermano pequeño y mi cuñada, muy enfermos y sin poder salir de la cama. En tres coches el séquito mínimo imprescindible. Todos con guantes y mascarilla. Uno conduciendo y otro en la parte trasera del asiento del copiloto. Mi madre y cinco de los seis hijos.

No había suficientes coches fúnebres para el trasiego de muertos. A mi padre le tocó ir en uno blanco. “Como el Papa”, le dije a mi madre, aguantando cada uno su dolor para no dañarnos más. Y tras un silencio espeso, mi madre, muy seria, sentencia: “Fíjate qué bueno es Dios. Sabía que tu padre siempre había querido tener un Mercedes y es el coche que le ha puesto para su último viaje”.

A metro y medio de distancia escuchamos el responso del sacerdote africano que recibía el incesante goteo de ataúdes. Sin tocarnos. Preocupados por los vivos. Conscientes de que aún no hemos llorado abrazados la tremenda pérdida de un hombre bueno, de un padre ejemplar, de un marido enamorado, de un abuelo bromista y cariñoso. Del señor Ricardo. ●

El penúltimo adiós

El Día del Padre, San José, murió mi padre, el señor **Ricardo**. Tenía 83 años y un catarro diagnosticado como bronquitis. Era coronavirus. Le habían prescrito ocho días de antibiótico, pero no remontaba. La madrugada del domingo al lunes tuvimos que llevarle a Urgencias. Ni siquiera entró en la UCI. Le ingresaron en la planta 12 del Doce de Octubre, de Madrid. Habitación 50. España estaba en estado de alerta. Mi madre, con tos, fiebre y malestar corporal. Igual que el pequeño de los seis hermanos y mi cuñada.

No podíamos ver a mi padre, no podíamos estar con mi padre, no sabíamos nada de mi padre. Una vez al día, y a pesar de la saturación de pacientes, la doctora **Blanca Ayuso** telefonaba para informarnos sobre su estado. El cariño en cada llamada fue un consuelo.

El miércoles mi padre entraba en tratamiento paliativo. Nos pidieron que lleváramos a mi madre para que se despidieran. Solo podía ir uno de los seis hijos. El pequeño fue el encargado de acompañarla. Contactamos con

el consiliario del hospital. Y el primero de los milagros fue que coincidieran en la habitación mis padres, mi hermano y el capellán.

Mi padre recobró por un instante la lucidez: “¿Cómo se ha enterado de que nosotros somos *de curas*?”. Se estuvieron riendo juntos y cuando le preguntaron si quería recibir la unción, no dudó: “Donde Dios entra, Dios aumenta”, contestó con una de esas frases contundentes que no sabíamos de dónde se sacaba. Luego, mi madre nos explicó por WhatsApp que eso se decía mucho en su casa cuando eran niños. También nos contó mi hermano la sorprendente paz y serenidad con la que mi padre se despidió preguntando por todos y cada uno de los hijos y nietos. Más consuelo.

El jueves, a las nueve y veinte de la noche, fallecía mi padre. Fui al hospital a recoger sus cosas y hacer los papeles. Llegué a las diez. Subí a la planta doce. No me dejaron pasar del descansillo de los ascensores. La doctora estaba en una urgencia. Esperé para darle las gracias. Me dio el pésame apesadumbrada. Le agradecí,

Los Reyes agradecen a Cáritas su entrega

Los Reyes agradecen a Cáritas su compromiso con los más desfavorecidos ante el coronavirus. Los monarcas mantuvieron el 27 de marzo un encuentro por videoconferencia con tres de los principales representantes de la entidad para conocer de primera mano la acción de la Iglesia ante la epidemia.





» lor por la pérdida. “El duelo no es una enfermedad, pero existen coyunturas que hacen que el duelo sí tenga factores de riesgo y pueda convertirse en un proceso complicado. En este momento, en plena crisis sanitaria por la pandemia del COVID-19, hay tres grandes problemas que afectan a las familias que han perdido a alguien, y que se notarán más cuando baje la intensidad que estamos viviendo estos días”, asegura **Julio Gómez**, médico del área de Cuidados Paliativos del Hospital San Juan de Dios de Santurce (Vizcaya). “El primero –añade–, es que no pueden acompañar a los seres queridos en el proceso de morir. Esa persona estará sola en ese trance. El segundo es que no podrán ver el cuerpo, porque el protocolo establece que el cadáver se meta en un saco estanco, dentro de un ataúd sellado y los familiares ni podrán verificar que quien está dentro es su difunto. Y ver el cadáver es el primer paso en el proceso de realidad para realizar el duelo. Y el último problema es que el fallecido no podrá tener un ritual comunitario, religioso o laico, para que le despidan sus familiares”.

Son todas circunstancias “de guerra” que hacen que estos duelos “sean de riesgo, que

pueden desembocar en duelos complicados e, incluso, en un duelo patológico”, apunta el también vocal de Ética y Espiritualidad de la Sociedad Española de Cuidados Paliativos. “En circunstancias normales, solo el 10% de los casos se convierten en patológicos, pero en el actual contexto de pandemia, todos tienen este riesgo, de ahí que el volumen de duelo patológico pueda ser la mayoría si no actuamos de manera precoz con las personas que están perdiendo a familiares”, afirma.

Por eso Gómez considera “fundamental” entrar en con-

Con el apoyo a los sanitarios, la sociedad ha canalizado su duelo. Sobre estas líneas, el macrohospital de campaña de Ifema, en Madrid

tacto lo antes posible –“cuanto antes”, subraya, sabedor del obligado confinamiento, claro– con esa persona que ha perdido a alguien en estas circunstancias. “Se trata de que el dolor pueda doler, por lo que habrá que generar espacios de despedidas rituales, compartir con otras personas para abordar la parte doliente y luego poder llegar a la traumática y convertir esta en doliente. Siempre pongo el caso de una madre que, antes de hacer su proceso, me decía que a su hijo se lo habían matado para, luego, acabar reconociendo que

Sanitarios: escuchar el dolor de los que curan

De los más de cien mil contagiados en España al cierre de este número, trece mil son sanitarios. Son la barrera de contención en la que se baten mal pertrechados y con la convicción de ser carne de cañón, sin poder hacerse test cuando hay políticos que tiran de él a la primera to. La jornada no acaba para ellos. La presión, la angustia, incluso la culpa por decisiones que hay que tomar cuando la vida de los demás está en sus manos, no les abandona. También están en duelo. Y, para ayudarles en este trago, ha nacido *sanitarios.noestassolo*. es, un servicio voluntario de escucha puesto en marcha por la Compañía de Jesús. En pocos días se han inscrito un centenar. “La necesidad que manifiestan es la escucha de las experiencias difíciles que acumulan en el día a día, de las emociones que les suscitan, como dolor, culpa, tristeza, rabia”, señala **Virginia Cagigal, doctora en Psicología y al frente de esta iniciativa. “Correr riesgos personales incrementa su estrés emocional, lo que puede impactarles en su estabilidad personal. Hay un riesgo evidente para su integridad física y un potencial riesgo para sus familiares, lo que les genera mayor vivencia de vulnerabilidad”, señala Cagigal, que no olvida la constante presión en una lucha contrarreloj. “Las decisiones que se toman en situaciones de crisis se fundamentan en criterios diferentes de las que se adoptan en situaciones de estabilidad. Es muy importante ayudarles a tener presente ahora esta perspectiva, con la seguridad de que todos tratan de ayudar al máximo a cada paciente. Perder a uno, no poder atenderlo como uno sabe y quisiera, es doloroso, y a veces se necesitará trabajar el posible duelo o culpa que pudiera acompañar el quehacer profesional en situaciones de tanta crisis”, apunta la también directora de la Unidad Clínica de Psicología UNINPSI de la Universidad Pontificia Comillas.**

Iglesia ante el Covid-19

Dios gana espectadores

La bendición ‘urbi et orbi’ se convirtió en el programa más visto de la historia de TRECE y la misa del domingo de La 2 bate récords, con más de un millón de espectadores.



Otoño de Comunión

Varias diócesis españolas han optado ya por trasladar comuniones y confirmaciones a octubre y noviembre.



su hijo se había muerto. Sin ese paso, estamos atascados en el trauma. Y hoy estamos en una situación de crisis, por lo que tenemos que hacer más intervención en duelo de lo que sería habitual en una situación normal”.

Este duelo inédito está haciendo aflorar, también, una nueva gradación en el dolor. Hay casos en el que el amor te lleva a la culpa más honda. Rosa intenta razonarse a sí misma que haber traído a su madre a casa para que estuviese más segura era un acto de puro amor filial, cómo podía pensar que sin embargo sería ella quien la acabaría contagiando. Al duelo postergado, Rosa añade una culpa que se le ha metido bajo la piel. “Cuando la culpa es racional, haya mucha responsabilidad o esté atenuada por las circunstancias, solo tiene un camino de curación: el perdón. A uno mismo, en primer lugar, y a quien pudiera haber participado en el proceso”, aconseja Bermejo.

Silvia Melero es una periodista a la que la muerte de su hermana, hace seis años, reconvirtió en conferenciante y “facilitadora” de talleres sobre la muerte y el duelo. Aquella experiencia la llevó a crear ‘Luto en colores’, un proyecto que pretende “repensar la

muerte para celebrar la vida”, algo muy necesario en estos días en los que el gris y el negro lo copan casi todo. “Al otro lado del túnel que estamos viviendo a nivel colectivo, hay luz. Nunca hemos sentido, como sociedad, la vulnerabilidad tan cerca, lo que espero que nos ayude a recuperar valores que estaban perdidos”, señala Melero.

Convencida de que “la muerte es multicolor”, esta escritora insiste en que en estas circunstancias “también hay una variedad de tonos en la muerte, porque depende de la creencia de cada persona, y hay elementos que están surgiendo que nos ayudan a matizar, a una mayor variedad cromática, como es la solidaridad que estamos viendo en la gente, los efectos que el confinamiento está teniendo, por ejemplo, sobre la contaminación de un planeta maltratado... Este duelo nos está dando la oportunidad para cambiar como sociedad. Por eso tenemos que confiar y no perder la esperanza”.

Ahora toca postergar abrazos y, añade Melero, “saber que nuestro dolor lo podremos colocar más adelante, para colocar en nuestras vidas, a nivel individual, nuestras ausencias”. Mientras, a muchos les ayuda saber que ya hay quien reza y vela por los que se han ido.

A la espera del gran llanto

Más de 10.000 muertos. España contiene un gran llanto para cuando acabe el confinamiento y pueda salir a abrazarse. A despedir a abuelos y abuelas, a padres y a madres, también a hijos e hijas que han burlado la estadística. A párrocos y fieles. A religiosos y voluntarios. Un país espera a que pase el estado de alarma para mirar al dolor a la cara. “El confinamiento es una imposición que indigna, deja desolación y aumenta la complicación del duelo”, reconoce **José Carlos Bermejo**. Pero, añade, “también puede generar la creatividad para buscar medios alternativos, comunidades reunidas virtualmente en torno a las expresiones numerosas de los sentimientos a través de los teléfonos móviles”. Este religioso camilo, por ejemplo, ha creado recursos para usar virtualmente, minutos de rito de exequias grabados para compartir u oraciones para estos días (a disposición en www.humanizar.es y www.josecarlosbermejo.es). “Es conveniente dar fuerza a esta creatividad, porque el vacío abre paso al sinsentido y podrá cobrarnos un precio alto”, subraya. Consciente de ello, la Diócesis de Coria-Cáceres fue pionera con una iniciativa para decir adiós a un ser querido en unas circunstancias en las que no se pueden celebrar funerales. Para ello, habilitó un canal de Youtube para exequias “virtuales”. Quienes quieren dedicar una misa, pueden hacerlo mandando el nombre del difunto a comunicacion@diocesiscoriacaceres.es y se aplicará la eucaristía por él. “En estos momentos, la tecnología pone herramientas a nuestro alcance para avanzar en nuestro proceso de duelo, por ejemplo, compartiendo nuestro dolor a través de un grupo de WhatsApp. Puede parecer algo muy frío, pero está dando resultados, porque nos permite esa cercanía con quien está lejos”, sostiene **Silvia Abascal**. Otra forma, añade, “está siendo salir a las ocho de la tarde para el aplauso colectivo a quienes nos están cuidando. Te permite saludar al vecino, compartir un momento... Y hay gente que reza, medita o baila para soltar el dolor a través de su cuerpo... Todo esto vale”.

Mascarillas para la cárcel

La pastoral penitenciaria de Cádiz inicia una campaña para enviar, al menos, 1.500 mascarillas a la prisión de Botafuegos.

‘Resistiré’ solidario

Artistas españoles se unen para cantar ‘Resistiré’ y donar a Cáritas todo el dinero recaudado.

Alianza interreligiosa en Granada

Diferentes entidades llaman a diez minutos diarios de interioridad, silencio y meditación para hacer frente al coronavirus después de los aplausos solidarios en apoyo de los profesionales sanitarios.